

# ACTUALIDAD DE LA TORRE DE BABEL

Lic. P. Mario Galizzi S.D.B.

## I).—PREAMBULO.

Meditando en la historia contemporánea llena de confucionismo y desacuerdo entre los hombres, viene a la mente espontáneo el recuerdo del Génesis 11, 1-9 y se siente vibrar en él aquella doctrina de unidad que aún hoy día resuena con total actualidad. Es el Texto del Génesis que en la Biblia de Nacar-Colunga reza así:

“Era la tierra toda una sola lengua y de unas mismas palabras. En su marcha desde oriente hallaron una llanura en la tierra de Senaar y se establecieron allí. Dijéronse unos a otros: “Vamos a hacer ladrillos y a cocerlos al fuego”. Y se sirvieron de los ladrillos como de piedra y el betún (Bover: “y el asfalto”) les sirvió de cemento; y dijeron: “Vamos a edificarnos una ciudad y una torre, cuya cúspide toque a los cielos y nos haga famosos, por si tenemos que dividirnos por la haz de la tierra”. Bajó Yavé a ver la ciudad y la Torre que estaban haciendo los hijos de los hombres y se dijo: “He aquí un pueblo, pues tienen todos una lengua sola. Se han propuesto esto, y nada les impedirá llevarlo a cabo. Bajemos, pues, y confundamos su lengua, de modo que no se entiendan unos a otros”. Y los dispersó de allí Yavé por toda la haz de la tierra y así cesaron de edificar la ciudad. Por eso se llamó Babel, porque allí confundió Yavé la lengua de la tierra toda, y de allí los dispersó por toda la haz de la tierra”.

Ante una lectura superficial de estos pocos versículos, podríamos decir que la totalidad de los cristianos piensa que el texto sagrado trata de un fenómeno glotológico; o sea, que el texto se limita a explicar la actual diversidad de los idiomas. ¿Es lícito reducir a esto la enseñanza del texto?

Por otra parte no faltan exégetas que, sin afirmar una intervención milagrosa de Dios en el origen de las lenguas, señalan “el papel providencial desempeñado por esta diversidad de lenguas en la dispersión de los pueblos, capaces por la unidad de idiomas de realizar cualquier otro empeño contrario a los designios di-

vinos, como la fundación del imperio de Babel”. (Prado-Fernández: Síntesis Bíblica p. 348).

Respetando la libertad de opinión ajena, nos parece con todo, que ésta minimiza demasiado el sentido del Texto Sagrado y que lo reduce a un recuerdo meramente histórico sin posibilidad de actualización. El camino que debemos seguir, parece ser otro.

## II).—PRINCIPIOS HERMENEUTICOS.

Para una recta interpretación del texto sagrado y para que nos sea de utilidad en nuestras enseñanzas, es necesario que establezcamos unos principios guías: 1) Pío XII en la Enciclica “Humani Generis” del 12 de Agosto de 1950 nos dice que “los primeros once capítulos del Génesis pertenecen al género histórico en sentido verdadero. Con todo, toca a los exégetas investigarlo todavía más y determinar “más exactamente el modo de narrar esta historia”. De esto deducimos que, para interpretar rectamente el texto, debemos darle un sentido histórico; pero que gozamos de libertad cuando tratamos de determinar el modo cómo el autor sagrado ha concretizado este hecho histórico. 2) El segundo principio es este: No es el deseo de la ciencia profana, el que nos debe llevar a examinar el libro santo, sino tan sólo el deseo de sentir a Dios en medio de nosotros. La Biblia no es un libro de ciencia profana, sino de religión. En nuestro caso: La Biblia no nos quiere enseñar glotología, sino transmitir un mensaje de vida. Investiguemos acerca de este mensaje de vida.

## III).—DESARROLLO DEL TEMA.

Puestos estos precedentes, podemos ahora desarrollar en cuatro puntos nuestro tema, que no quiere ser un tratado científico sino tan sólo la presentación, fundándonos en la ciencia, de un fácil material didáctico-catequístico. Los puntos son estos: 1) Gén. 11, 1-9 no es ningún tratado de lingüística. 2) Posible origen y sentido de este relato bíblico. 3) Qué hecho histórico quiere describir. 4) Cómo lo podemos actualizar en nuestra enseñanza religiosa.

## 1) Gén. 11,1-9 no es ningún tratado de lingüística.

Pongamos como hipótesis que el hecho de la Torre de Babel haya que tomarlo a la letra y que de veras trate de lingüística; o sea acerquémonos a esta narración sólo con mentalidad científica y prehistórica y veremos las contradicciones con que tropezamos. La vida de los hombres aparece en el relato bíblico ya plenamente desarrollada y organizada. Viven ellos una vida ciudadana; construyen sus casas con ladrillos y el asfalto les sirve de cemento. Ahora bien: si nosotros dijéramos que todos estos particulares hay que tomarlos a la letra y que nos dan el período o época histórica de la Torre de Babel, deberíamos forzosamente concluir que el hecho de la Torre de Babel no va más allá del Neolítico y que por lo tanto, exagerando un poco, no es anterior a los 8.000 a. de J. C. Pero con esto afirmaríamos también que el relato no trata de la división y dispersión de todas las gentes sobre la faz de la tierra y del origen de los idiomas, pues en la época neolítica esto se había ya realizado desde hacia miles y miles de años. (Por ej.: el hombre vive en América aproximadamente, desde hace unos 22.000 años. Cfr. Revista de "Antropología e Historia de Guatemala" 1960 N° 1 pág. 25). Por lo tanto en esta hipótesis la narración bíblica no es ningún tratado de lingüística.

Otra hipótesis. El relato trata de la división y dispersión de todas las gentes sobre la faz de la tierra y del origen de los idiomas. Si esta suposición corresponde a la realidad, deberíamos afirmar que el hagiógrafo, con una narración de color neolítico nos describe algo mucho más antiguo que, según la ciencia, no se puede averiguar, o sea que con un ropaje literario propio de su medio ambiente, nos describe un hecho de desconocida antigüedad.

Pero, ¿es esta la intención del hagiógrafo? Parece que no. Examinemos el texto. Ya, en los vv. 5.20.31 del cap. 10, nos había dicho cómo los hombres estaban dispersos sobre toda la tierra "según sus lenguas, familias y naciones" y, sólo después de esta constatación, el texto sagrado nos presenta el hecho de la Torre de Babel. Ahora bien, ¿nos quiere acaso explicar el "por qué" todos los pueblos están ya dispersos "según sus lenguas, familias y naciones", dando así una explicación del cap. 10, o son más limitados sus horizontes? Nos parece que el hagiógrafo se limita, de una manera directa, a los solos semitas y que sólo en un segundo orden alcanza a todos los pueblos de la tierra.

En efecto, en el desarrollo de la historia de la revelación, nosotros constatamos una ley que podríamos llamar "proceso de eliminación de los pueblos". Así p. ej. en Gén. 4,25, quedan eliminados de la historia sagrada los Cainitas;

el Diluvio elimina los Setitas y Dios elige a los Noaitas; Gén. 10 nos da unas genealogías y luego, con 11,10, entendemos que se han eliminado los Camitas y Jafetitas. Seguirá todavía esta eliminación y, en el curso de la revelación, se puede constatar cómo de las doce tribus de Israel tan sólo queda en los tiempos del desierto la tribu de Judá. Aplicando esta ley a nuestro relato y teniendo en cuenta lo que dice Gén. 10,25: "A Heber le nacieron dos hijos, el uno se llamó Paleg, porque en su tiempo se dividió la tierra...", entendemos cómo en este contexto el hecho de la Torre de Babel es asunto enteramente semítico, aunque la doctrina alcance un valor universal. El autor sagrado quiere explicar a sus contemporáneos por qué los semitas viven en su mayoría como nómadas y no forman una gran familia, una unidad política, un imperio. Este es su fin primario, pero dándose cuenta que tampoco los demás pueblos son unidad, da a su narración un carácter universal, que atañe a toda la familia humana.

Para explicar este hecho de la historia universal, el hagiógrafo encuentra en la situación de Babilonia los elementos con que dar un ropaje literario a la doctrina que nos quiere enseñar.

## 2) Posible origen y sentido del relato bíblico.

Un día un hombre se encontró ante la gran ciudad de Babilonia (u oyó hablar de ella). Babilonia, emporio del mundo antiguo, llena de riquezas y de pobreza; de gente libre y de esclavos; cruce de todas las razas. Babilonia, la ciudad cosmopolita y de las indeterminadas lenguas (todas las lenguas antiguas se oían en aquella gran ciudad). Por su nombre era considerada algo divino, pues Babilonia etimológicamente quiere decir "Puerta (bab) de Dios (el)". Aquel peregrino admira todas aquellas grandezas, ve todas aquellas torres, focos de idolatría y corrupción, que se elevan solemnes hacia el cielo; oye el sonido extraño de tantas voces y recibe la impresión de que todo aquello es una gran confusión. Y entonces, con un juego de palabras muy común entre los semitas, nos dice que Babilonia quiere decir "confusión". Luego medita sobre lo que él ha contemplado: ¿Por qué tanta confusión entre los hombres? ¿Por qué tantos odios y luchas? ¿Por qué no logran entenderse unos con otros? ¡Al principio no era así! Y aquí empieza su narración: "Era la tierra toda de una sola lengua y de unas mismas palabras"; o más literalmente: "Era la tierra toda de un mismo labio y de unas mismas palabras". Al principio los hombres tenían en la tierra un mismo entendimiento, iban de acuerdo; formaban todos una gran familia; no estaban en lucha entre sí.

Esta interpretación que le hemos dado a la frase: "Era la tierra toda de un mismo labio...",

es justa; y está confirmada por las inscripciones asirio-babilónicas, que nos presentan esta frase: "Hacer que un país o sus hombres sean una sola boca", con este sentido: "Hacer que los hombres sean de un solo entendimiento". Es demasiado semejante la frase bíblica para que no quiera decir lo mismo. Por lo tanto aquellos hombres que, según el texto, habían emigrado desde Oriente hacia Occidente para establecerse en la llanura de Senaar, habían decidido mantener esta unión de entendimiento; formar entre sí una unidad político-económica; mantenerse unidos como un inmenso imperio y formar entre todos una gran familia.

Todo esto es bello y óptimo porque 'ambién la sociedad tiene su origen de Dios, y debe reconocer a Dios como a su Criador y Señor. El fin que persiguen los hombres es bueno, pero el modo con que lo quieren conseguir es perverso. Quieren formar una gran familia, pero quieren realizarla independientemente de Dios; y esto no puede traer sino la ruina de la sociedad. Lo demuestra lo que sigue.

El hagiógrafo dramatizando nos presenta a aquellos hombres construyendo una torre "cuya cúspide toque al cielo... por si tenemos que dividirnos por la haz de la tierra" (Bover traduce: "... no sea que nos dispersemos"); o sea no se quieren dividir, desunir, quieren conservarse en unión unos con otros y por eso quieren construir un centro de unidad: la Torre. Pero esa Torre que se eleva hacia el cielo en tierra de Babilonia tiene un carácter religioso-político-administrativo. Que sea político-administrativo (diríamos hoy día "palacio nacional"), lo demuestran las miles de tabletas administrativas encontradas en ellas. Que sea centro religioso lo demuestra su cúspide, donde estaba la morada de la divinidad; en nuestro caso, de la divinidad pagana. Los hombres se habían entregado al culto de los falsos dioses y diosas y se habían apartado del verdadero Dios.

Los hombres con sus grandes ciudades habían, sí, logrado un bienestar nunca soñado: les parecía haber tocado el cielo; el hagiógrafo en cambio, sonriendo y usando de un antropomorfismo un poco exagerado, nos dice que la grandeza humana es bien poca cosa "pues bajó Yavé a ver la ciudad y la Torre que estaban haciendo los hijos de los hombres". No es extraordinaria la altura, si Dios debe bajar para verla.

El texto en este punto vuelve a subrayar la idea de unidad que hay entre los hombres y que es garantía de éxito en cualquier cosa que ellos quieran emprender: "He aquí un pueblo uno, pues tienen todos un solo labio..." Dios entonces decide romper esta ciudad de entendimiento y la rompe porque los hombres se han apartado de él y se han entregado a la idolatría.

Con palabra de San Pablo se podría decir: "... ya que trocaron la verdad de Dios por la mentira y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar del Criador, los entregó Dios..." (R. 1, 25s) al mal. Ya no tendrán unidad de entendimiento sino discordia: uno no querrá lo que quiere el otro, y de esto nacerá la confusión, pues ya no son un solo labio, ni una sola boca. El efecto de esta incomprensión y de esta lucha entre los hombres es el aniquilamiento de todos sus proyectos y del orden en la sociedad.

La sociedad humana estaba destinada por Dios para formar una gran familia. Los hombres como sociedad no quisieron reconocer a Dios y se entregaron a la idolatría; y Dios, como castigo, puso el desconcierto en re ellos. Este es el concepto que comprendía el sentido doctrinal del relato.

### 3) ¿Qué hecho histórico nos quiere describir el hagiógrafo?

Hemos dicho cómo según las indicaciones del Magisterio, los primeros once capítulos del Génesis narran historia en sentido verdadero; porque pertenece a los exégetas determinar, con sus investigaciones, el alcance histórico de dichos capítulos; ya que el modo con que en ellos se narra la historia es todavía bastante desconocido.

Ahora nos preguntamos: ¿Cuál es el hecho histórico que se anuncia en este capítulo? Si seguimos lo que hemos dicho en el párrafo anterior, podemos contestar así: ante todo, es difícil situar el hecho histórico contenido en el relato bíblico en un momento preciso de la historia humana, ya que, fuera del texto santo, no tenemos recuerdo de todo esto. Con todo, el acontecimiento histórico que aquí se narra es este: La humanidad quiso construir su ciudad, quiso organizarse lejos de Dios, independientemente de Dios. Dios entonces, como condenó al primer hombre Adán, que quiso independizarse de él, así condena también a la sociedad, que quiere organizarse sin él. Consecuencia: como Adán, condenado por Dios, transmite las consecuencias de su pecado a todos los hombres; así la sociedad, organizada desde el principio lejos de Dios, transmite las consecuencias de su pecado a toda sociedad. La Torre de Babel describe el pecado original de la sociedad como tal. Es difícil querer precisar más el hecho histórico contenido en el relato bíblico.

La enseñanza aparece clara: ¡la Sociedad como sociedad ha pecado! Y Dios desbarata, deshace esta sociedad; pero no cesa en su obra de salvación, aun con respecto a la sociedad como tal. Pone manos a la obra. Decide formarse su pueblo, una sociedad que sea toda suya y le reconozca a El solo. Elige a Abraham (esta

elección sigue inmediatamente al hecho de la Torre de Babel), primera piedra de un edificio espiritual y visible, cuyo constructor es el mismo Dios. Esta sociedad tomará el puesto de aquel edificio que los hombres querían construir sin el concurso divino y que por eso no pudo ser acabado.

En este hecho se vislumbra ya a lo lejos la Iglesia. Como en Cristo cada individuo adquiere la salvación, así en la Iglesia la sociedad vuelve a ser una gran familia, según los designios de Dios.

#### 4) ¿Cómo actualizar esto en nuestra exégesis?

Ensayemos ahora su actualización. ¿Cuál es el aspecto de la sociedad moderna? ¿Vive acaso una condición de paz, de concordia? ¿Forman acaso los hombres una verdadera familia? Todo parece inclinarnos a una contestación negativa.

Sí, es verdad que contemplamos a muchos hombres que procuran dar una solución a los problemas en que se debate la humanidad; pero luego fracasan, y no siempre por culpa propia. Las revoluciones se suceden y la solución a los males no viene. Y si a todo esto añadimos la lucha de tantas ideologías, tenemos la misma impresión del mundo que ha tenido el hagiógrafo.

Los hombres quieren construir "una torre cuya cúspide toque al cielo" o sea quieren organizarse lejos de Dios, independientemente de Dios, y Dios continúa desbaratando los designios de los hombres y deshaciendo esta sociedad. El hecho de la torre de Babel continúa actuali-

zándose en la historia, como se actualiza también la rebelión de Adán. ¿Dónde está la solución?

La voluntad divina quiere que la sociedad forme una gran familia en la tierra; debe ser "de un solo labio y de unas mismas palabras". Para obtener esto es necesario que su centro no sea una Torre de falsos dioses, que los hombres no cifren su felicidad en un progreso realizado lejos de Dios. Sólo la sociedad que reconoce, como sociedad, al verdadero Dios, le rinde culto y procura observar sus leyes, tendrá la verdadera paz y la verdadera prosperidad; si se aparta de Dios sólo le espera su destrucción, pues su progreso y prosperidad es sólo aparente. No pensemos encontrar la paz en el mundo. Si el mundo no vuelve como sociedad a Dios, habrá lucha, odio y sangre.

Muchos hombres hay que quieren el bien, que viven santamente; pero se nos oculta una sociedad que como tal reconozca a Dios en todas sus manifestaciones sociales; hay cristianos; no hay sociedad cristiana en lo económico, en lo social, en su organización total; y, sin embargo, esta es la base del progreso y de la paz.

Para aquellos que realizan el bien y se afanan en el apostolado, pero que no saben cooperar en el bien realizado por otros o rechazan toda cooperación, la página bíblica meditada enseña también algo. Dios quiere que en las obras del bien nos presentemos como sociedad; que seamos uno; que formemos todos una familia; que presentemos ante el mundo la Iglesia de Dios con su verdadera cara de unidad y caridad: somos familia de Dios y no, Torre de Babel.

## *Un católico debe leer la Biblia, pero publicada con autorización eclesiástica.*

TABLETAS EFERVESCENTES

Dolores de cabeza agudos y rictus,  
los males después de exceso de  
alcohol y nicotina.

**COFFO SELT**

DISTRIBUIDORES: FARMACIA AMERICANA  
Tel. 2040 41 42